

CAPITULO III.

AUTORIDAD COMPARADA DE LOS CREYENTES Y DE LOS INCRÉDULOS EN EL CONJUNTO DE LA HUMANIDAD.

La dificultad de creer proviene de la naturaleza misma de la religion, que sin constituir una evidencia es una regla; de la naturaleza del hombre que busca á Dios con mirada enferma, ora por las dolencias morales ó por las malas inclinaciones del espíritu; y finalmente, de un vicio metódico que consiste en marchar tras el descubrimiento de la verdad, valiéndose de medios que no son proporcionados ni apropiados al fin. Esto sentado, la razon se vé forzada á concluir que son muy pocos los que se pueden considerar

completamente inocentes de su incredulidad, por lo mismo que no son muchos aquellos en quienes la dificultad de creer sirva de contrapeso á la necesidad que tienen de creer. Así se explica, dice Hamilton, que muchos que rechazan todos los elementos de convicción, se dejen convencer por los sonos de la campana que anuncia su agonia! Cierto que el solidario resiste tambien á este argumento supremo; más para exaltar su siniestro valor, vése precisado á sobreexcitar su pasion de sectario, siendo la prueba de que en semejante determinacion, más bien que seguir sus impulsos, hacen violencia á su naturaleza, la consideracion de que para vencer en la lucha, debe levantar la barrera de un juramento para impedir el encuentro de Dios y de su alma.

Prescindiendo de todo razonamiento intrínseco, es un hecho que la necesidad de creer se presenta bajo la garantía de una autoridad exterior, más grande que la de la dificultad de creer. Vamos á demostrarlo por medio de una tesis preliminar que constituirá una inmensa presuncion contra los que pudieran negarlo. Sabemos que una presuncion, no es en manera alguna una prueba directa; pero en defecto de luz, ofrece verdaderas seguridades. La Escritura nos dice que en el templo de Salomon exis-

tian aberturas laterales que proyectaban sobre el sagrado pavimento una luz sesgada. Una de esas aberturas es la que al presente pretendo abrir en el interior de nuestra basilica doctrinal.

Los creyentes tienen en su favor, en el asentimiento del género humano, la garantía más importante de que pueda rodearse una afirmacion. Y no vale oponer á este aserto que la apolo- gía por vía de autoridad no es científica; la ciencia que pretendiera oponer una interdiccion á ese modo de trasmision á nuestra verdad, quisiera obtener tales beneficios en provecho propio. Las masas que han aceptado los principios que sustentan confiadamente, bajo la palabra de hombres especiales, jamás llegarán á comprender otra cosa que sus conclusiones generales, de manera que, del mismo modo que la fé, realizan su peregrinacion por el mundo, apoyados en los brazos de la autoridad. De manera que el libre pensador, que considera eminentemente sábios á los que en la Sorbona se inclinan á su partido, califica de supersticiosos á los que están de nuestra parte; y al paso que entre los primeros seria tachado de oscurantista todo aquel que se atreviera á exponer la duda más insignificante respecto de la distancia que nos separa de las es-

trellas, entre los segundos se adjudica con mayor facilidad, el título de sabio dotado de la más clara percepción, al que niega con más audacia.

Sin eludir las cuestiones de fondo, debemos, pues, reconocer desde luego, que la autoridad será siempre el árbitro providencial para la mayoría inmensa de los espíritus. Prescindir á sabiendas de semejante guía, valdria tanto como condenarse al oprobio de no saber nada, al propio tiempo que al tormento de no creer cosa alguna. Mejor que debilidad, hay en el hombre necesidad de orientarse respecto de una afirmación escogida y venerada, y cuando esta afirmación merece por su certeza la confianza que se le concede, léjos de rebajar la dignidad humana, la realza poniéndola á cubierto de vacilaciones humillantes, y concediéndole sobre la fé agena una seguridad que no podría inspirarle su propia conducta. Tal es el motivo de hacer por nuestra parte una mocion que trae consigo la luz en favor de aquellos que se sienten menos impresionados por el valor de las doctrinas que por el de las autoridades. La situacion puede compararse con la de los israelitas, cuando en medio del desierto, vacilaban respecto del camino que debia conducirles á la tierra prometida. Emps.

ceмос, pues, por establecer un guía que nos sirva en nuestra peregrinacion.

Dios conoce perfectamente la necesidad que tenemos de recibir de fuera una verdad garantida, con preferencia á sacar de nosotros mismos una verdad dolosa y llena de incertidumbre, y de aquí que en medio de la confusa mezeclanza de sistemas y negaciones, haya levantado la autoridad de su Iglesia, especie de mojon gigantesco que señala en el camino el punto de bifurcacion en el cual el espíritu ha de perderse en el caos por la senda del orgullo, si no es que prefiere encaminarse directamente al sol, por medio de la obediencia. Mas, por lo mismo que la autoridad de la Iglesia es sobrenatural, la inteligencia de los contemporáneos la considera con esta sombría repugnancia que le causa lo divino doquiera lo encuentra; y aun cuando nuestro acto de fé sobre la palabra de la Iglesia sea eminentemente racional, en el sentido de que en teoría filosófica, la razon solo se adhiere á la Iglesia despues de haber reconocido sus títulos, la razon se cree absorbida, en el mero hecho de hallarse sometida, y se rebela ante el temor de verse condenada á esclavitud.

Ahora bien: toda vez que se recusa la autoridad de Dios, vamos á construir una autoridad

humana capaz de imponerse por el número y por el valor de los testigos: es decir, una especie de jurado religioso, cuyas decisiones deberán admitirse, sopena de faltar á las más sencillas prácticas de sentido comun. Esta prueba considerable hállase establecida en favor de la necesidad de creer, por el valor colectivo y comparado, 1.º de sus defensores; 2.º de sus adherentes.

Consignemos, ante todo, que al hablar de la autoridad apologética de los defensores de la religion, nos referimos soló á la de nuestro cuerpo docente; mas tambien debemos consignar, que no consideramos á dicho cuerpo como divinamente asistido, pues esto equivaldria á exigir actos de fé, cuando de lo que se trata es de conducir los espíritus á la fé, sino como una vasta gerarquía doctoral que se extiende desde San Pablo hasta el último misionero del Evangelio;

y tomando esa haz de hombres especiales por su lado natural, es decir, con las virtudes y los talentos que les distinguen, establecemos en su favor una presuncion que formulamos del modo siguiente. En tanto no se demuestre lo contrario, no puede prevalecer contra sus afirmaciones negacion alguna, porque constituyen la autoridad más esclarecida y al propio tiempo más sincera.

En este momento no podemos ménos que experimentar los inconvenientes que resultan para esta cuestion, de hallarnos revestidos del carácter sacerdotal; mas este mismo ministerio hace que envidiemos la suerte de los apologistas que no se hallan con él investidos, pues por lo mismo que no tienen á su cargo la defensa de la verdad, sus razones son más convincentes; sus argumentos más poderosos. Todo lo contrario acontece respecto del sacerdote, pues aun en aquellas ocasiones en que llena el más grato de los deberes parece que no hace más que desempeñar las obligaciones que el oficio le impone. ¡Singular inconsecuencia de la opinion! Si fuésemos profanos, y desde lo más alto de una encumbrada posicion dirigiéramos algunas frases de mero cumplido al cristianismo, los libre-pensadores se sentirían impresionados por este acto

de fe; mas en el mero hecho de afirmar nuestro simbolo con todos los sacrificios de la vocacion, y con los estudios de la vida toda, ha de escuchárenos como testigos sospechosos. Protestamos contra este proceder contrario á la equidad. En general, toda controversia es dirimida por el juicio de personas especiales: los arquitectos deciden en cuestiones de arquitectura, en las de estrategia los generales, en asuntos de arte los artista. Entónces, ¿por qué se niega á los teólogos el que puedan entender en los que á la teología atañen? Joubert dice: En asunto de poesía, es muy fácil engañarse cuando no se siente como los poetas, así como en los de religion, cuando no se piensa como los Santos (1).»

Todo aquel que habla de una ciencia, sin haberla estudiado detenidamente, no pasa de la categoría de simple aficionado: pero como los aficionados á la polémica negativa gozan de grandes preeminencias, es muy posible que en este número la de ser tenidos por autoridades. Si tuviera la osadía indispensable para componer un volumen de herejías contra las más acreditadas conclusiones de la ciencia médica, de

(1) Pensamientos.

seguro que tan presuntuosa inmixtion me causaría á mi mismo más descrédito que á los mismos médicos: y sin embargo, tratándose de religion, médicos, artistas, filósofos, arqueólogos, no vacilan en escribir contra ella, y lo que es más extraño, adquieren más crédito, se les presta más fe que á los Padres de la Iglesia. Basta que haya quien pretenda hablar de lo que no sabe á fondo, para que pierda la consideracion de las personas juiciosas; mas aparece el primer advenedizo haciendo profesion de libre-pensador, y este es ya título suficiente para que pueda arrancarnos el Evangelio de las manos y dar de él un comentario diametralmente opuesto al nuestro. ¿Es esto tolerable? No, porque hay en ello una contradiccion y una injusticia. A despecho de toda preocupacion contraria, es menester que el racionalismo reciba sus grados en teología, si quiere que se le reconozca como potencia beligerante en su guerra contra el sacerdocio. Este, con orgullo tan legitimo como el de Alejandro, puede decir: «Dame reyes por adversarios, ó no lucho.» Es principio de derecho natural, que ninguno puede ser juzgado más que por sus iguales.

Y téngase en cuenta que la autoridad sacerdotal es la única, en el Cristianismo, que no es

puramente mística. En Egipto los sacerdotes poseían la ciencia; mas la guardaban para ellos. En todos los demás pueblos afirman; pero no razonan; imponen los dogmas; pero no los justifican. Entre nosotros el sacerdote es al par ministro y apologista de su creencia. Cuando Fontenelle ha dicho que la religion cristiana es la única que emite pruebas, ha querido indicar que el clero cristiano es el único que las dá. Por consiguiente, considerados en conjunto y en nuestras obras doctrinales, constituimos la más antigua y perfecta escuela Normal que ha enseñado en el mundo moderno.

Confesemos de paso, que no merece este el nombre de discípulo agradecido, puesto que apenas se ha visto emancipado de nuestra enseñanza, nos ha negado cuanto nos debía, proclamando en alta voz que la ciencia se había hecho laica. Hablemos claro y sin ambages. ¿De qué ciencia se trata? ¿De la profana? No tenemos inconveniente en ello: hay más aún, renunciamos el cetro en favor de los que tienen la modestia de adjudicárselo. ¿Trátase de la ciencia religiosa? La cuestion varía de especie y no podemos ménos que hacer constar, que si bien es cierto que muchas cosas se han secularizado, no le ha alcanzado hasta ahora la secularizacion

á la teología; que el depósito de la misma hállese aún bajo los sagrados lábios del sacerdote; y que todo aquel que quiera proceder juiciosamente en materias de religion, deberá acudir al sacerdote y ceñirse á lo que él le diga, como no tenga de su parte la evidencia.

Cierto que el sacerdote no sabe más que una cosa; pero de esta cosa, saben tan poco los que aspiran á suplantarle, que apenas si hay uno entre ellos que se halle en estado de responder corrientemente á un cuestionario de conferencias eclesiásticas; y además de saberla poco, la saben tan mal, que les es imposible hablar, sin poner en evidencia este defecto de educacion primaria, que es causa de que se mezclen los errores más garrafales á la ciencia no aprendida.

Repetimos que el sacerdote apenas sabe más que una sola cosa; pero esta cosa la ha estudiado sin que le hayan distraído inquietudes de fortuna ni preocupaciones de familia, y bajo una disciplina moral que, concentrando en su inteligencia sus pasiones todas, le ilumina á la vez con mil luces distintas. Por esto cuando aparece á las miradas del mundo, uno de esos venerables maestros que han encanecido en servicio de nuestra verdad, si este veterano de la teología, despues de haber atravesado en todos sen-

tidos el mundo intelectual,—á la manera que esos filósofos de la antigüedad, que habian recorrido el mundo entero para preguntar á los oráculos que mayor celebridad tenian adquirida,—presenta á sus semejantes el fruto de sus tareas, diciendo: Hé ahí la verdad; no reconozco á autoridad alguna anticristiana, el derecho de adelantarse á ella.

Ya sé que tenemos en contra nuestra adversarios sábios; pero lo que saben y lo que ignoran influyen igualmente en que carezcan de autoridad. En efecto, entre sus glorias académicas cuentan la de que jamás se les confundirá con los doctores de la Iglesia: en sus programas de estudios todo tiene cabida, ménos el símbolo de los Apóstoles, que ha sido de ellos eliminado. De manera que desde el baron de Breteuil que, obligado á decir quién fué el autor de la oracion dominical, se la atribuyó á Moisés, hasta Francisco Arago, que por primera vez en su vida oyó dicha oracion, rezada por la piadosa hermana que le velaba en su agonía; los sábios, respecto á lo que á la religion se refiere, no representan más, con harta frecuencia, que la ignorancia más peligrosa, la ignorancia ridícula y pedantesca incapaz de proceder con justicia, por lo mismo que no se conoce.

En ciertos conventículos de periódico háse puesto hoy en moda amenazar la influencia sacerdotal en nombre del progreso de las luces. El sacerdote no teme en manera alguna las luces del progreso; lo que teme es su orgullo. Si el siglo XVII que contaba á Port-Royal en las filas de la oposicion, y que se gozaba con las tésis de la Sorbona, nos hubiese condenado á ostracismo en nombre del progreso, habriamos podido doblar la cabeza ante la aparente autoridad de semejante principio; pero en unos tiempos como los presentes, ante una sociedad compuesta de novelistas y especuladores, de periodiquillos y de gacetilleros, he de confesar que en lugar de entristecerme, solo á risa me provoca el empeño decidido en presentarse candidatos á la sucesion de nuestra tiara.

Y no se vaya á creer que la incredulidad se consagre con más insistencia al estudio profundo de la religion, fundándose en la circunstancia de dar á sus elucubraciones el título de *Estudios de historia religiosa*, porque las cosas no han cambiado lo más mínimo, desde aquellos tiempos en que Labruyere decia: «¿Ignoran los sprits forts que se les llama así irónicamente?» Lo único que puede observarse es, que la ciencia de la religion ha sido sustituida por la que ha

dado en llamarse *ciencia de las religiones*. Muchos son los eruditos que han profundizado extraordinariamente en los cultos de Grecia, de la antigua Roma, de Persia y de la India; pero que son incapaces de exponer un artificio de su símbolo sin desfigurarlo. Las religiones vienen à ser para ellos un tema fecundísimo, ora de notables descubrimientos, ora de ingeniosas clasificaciones, ora de generalizaciones arbitrarias, pero de ningún modo el objeto de una curiosidad verdaderamente doctrinal. Así se explica que haya sábios capaces de explorar la filosofía de todas las religiones, ignorando el catecismo de la suya, y que lleguen à alcanzar à veces toda la importancia de Pontifices en las filas de la crítica racionalista, sin haber leído un tratado de la religion verdadera.

Ya sé que no es cosa fácil convencer al vulgo de las gentes, de que, respecto del particular, un pobre cura de aldea puede estar mejor enterado que todo un señor miembro del Instituto. Cuando el espíritu público ha llegado à sublevarse contra las autoridades divinas, se postra de hinojos delante de los ídolos. Y sin embargo, nada más razonable que aquel axioma popular: Cada cual de su oficio. Bossuet, con aquel dominio que tenía de la lengua, ha resumido en

breves palabras el error de los libre-pensadores respecto del particular. «Blasfeman de lo que ignoran y corrompen lo que saben.» Doble forma de incompetencia especial y propia de los espíritus cultivados, que no lo son sin embargo bajo el aspecto teológico; lo que hace que aun cuando su inteligencia no esté desprovista de valor, sus negaciones carezcan completamente de él.

Y no se me acuse de calumniarlos para tener más fácilmente razon. ¿Dónde hallar hoy las pruebas de la ciencia anticristiana como no sea en sus libros? Apelo al testimonio de aquellos que los conocen y de seguro convendrán en que, realmente no ha dado à luz un solo sofisma, que no date de la persecucion de Juliano el Apóstata y que no haya sido refutado ora en el tratado de Orígenes contra Celso, ora en la *Preparacion evangélica* por Eusebio de Cesarea, ora en la *Ciudad de Dios* de San Agustin. Las objeciones de los exejetas contemporáneos, consideradas por ellos como verdaderos descubrimientos, hace mil años que están reducidas à polvo, en el polvo de nuestras bibliotecas. Mas ya se vé, como no las conocen, nada tiene de particular que la crítica, para presentarse como nueva, sólo tenga necesidad de presentarse como ar-

chi-vieja. Publicista hay que comete verdaderos crímenes, para que las gentes se formen ilusiones respecto de su originalidad, y sin embargo, no es más que un desgraciado plagiario de la Alemania materialista, ó de antiguas herejías perdidas en los infolio de *Cornelio à Lápide*.

Adjúdiquese si se quiere, un premio á estos señores: no hay inconveniente en ello con tal que los académicos paguen los gastos que ocasiona; mas admitir, bajo la fé de semejante testimonio, que hace diez y ocho siglos la Iglesia está explicando la Biblia sin entenderla, y que toda nuestra civilizacion ha sido el resultado y el juego de semejante inconveniencia, vale tanto como pisotear en nombre de la ciencia el sentido comun.

Por lo demás, permitaseme que lo pregunte: ¿entre nuestros impugnadores hay sólo sábios? No tengo para qué decir que por temperamento y por educacion la injuria me es repugnante en alto grado; pero no hay para qué enervar la defensa, por medio de arreglos intempestivos y es conveniente levantar la visera á los combatientes que tenemos en nuestra presencia. ¿Quiénes son, generalmente hablando los que hacen la guerra á Jesucristo? Pensadores corrompidos, escritores muy poco incorruptibles, verdaderos

malhechores de la pluma, que prenden fuego al templo para alcanzar que se hable de ellos. Por otra parte ¿quiénes son los que permanecen al lado de Jesucristo? Una legion de sacerdotes que, considerados en sus diez y ocho siglos de historia, representan mejor que otra clase alguna, la moralidad y el desinterés de las convicciones. ¿Quiénes son los enemigos de nuestra verdad? Dramaturgos, poetas, folicularios, algunos filósofos, en suma, las autoridades más frívolas del órden intelectual. ¿Y quiénes son los defensores de nuestra verdad? Bossuet, Tomás de Aquino, S. Agustin, es decir: los jigantes del pensamiento, las lumbreras de la humanidad errante por este valle oscuro, las inteligencias verdaderamente monumentales de la era moderna. Despues de lo dicho invito á los espiritus que tienen más fé en los talentos concienzudos que en las revelaciones divinas, para que elijan entre ambas autoridades. El dia en que Orígenes se presentó inesperadamente en las lecciones públicas de Plotino, este no tuvo valor para continuar delante del Padre de la Iglesia. En la actualidad no hay sacerdote alguno en el órbe católico, que tenga la autoridad de Orígenes; pero todos los sacerdotes reunidos tienen mucha más, y la única actitud que en prènsencia de este

jurado conviene á la incredulidad, es la respetuosa deferencia de Plotino.

Ni basta á una autoridad, para alcanzar nuestra aprobacion, el que sea sábia; es necesario además que sea sincera. Al llegar á este punto, tocamos más bien á una cuestion de honra, que á un tema doctrinal; mas siquiera heridos con frecuencia en este terreno, mediremos nuestras palabras para evitar el que con ellas podamos causar herida alguna. El mayor error de aquellos que no creen, consiste en persuadirse fácilmente de que no se puede creer! Mas al paso que nosotros admitimos, en determinados casos, la buena fé de su negacion, ellos no vacilan en calificar de mala nuestra buena fé.

¿Es posible que esta multitud de pastores, predicadores y confesores, que marchan discutiendo, sufriendo y rogando al través de las edades cristianas, sea ménos honrada que la posteridad de Voltaire? Podria contestar con la indignacion del orgullo ultrajado; pero prefiero ceder á la noble tristeza del amor desconocido. ¿No es acaso el perdon de las injurias, la mejor refutation que de las mismas se puede hacer?

La cuestion se halla mal planteada por nuestros adversarios, pues afectan considerar al sacerdote como un desheredado de la fortuna, que,

embarazado por sus propias pretensiones, tiende la mano á la Iglesia, diciéndola con los hijos de Heli: *Dimitte me ad partem sacerdotalem ut comedam buccellam panis* (1), cuando lo que sucede, es precisamente todo lo contrario. En primer lugar no es cuando niño, sino á los veinte y tres años, cuando el sacerdote establece con la Iglesia sus lazos indisolubles. Hasta aquel momento habia estudiado como todos los que estudian, mejor ó peor, porque la conciencia lo habia dirigido y la inocencia le prestaba sus luces angélicas. Hallábase pues en todo el esplendor de una conviccion profundamente arraigada, merced á largos dias de virtud y de trabajo. En dicho instante el levita vió anticipadamente todos los sacrificios de su vocacion, desde las mortificaciones, con frecuencia mal comprendidas de la juventud, hasta las horas solitarias de la agonía, y seducido por la amargura de este cáliz, llevó amorosamente á sus labios diciendo: Esta será mi parte. El mundo apareciósele por su lado, y el mundo entónces le era harto desconocido para que le pareciera seductor. Algunos esfuerzos más y el levita lograría hacerse

(1) Reyes, 2, 50.

plaza en las magistraturas, en la enseñanza, en la administracion, mas ¿qué valian tales esperanzas para esa alma tocada por la mano de Dios y enajenada de amor celeste, que despues de haber medido la tierra, no habia encontrado lugar más apropiado y bello, que las gradas del altar? Y llegado el momento de la consagracion, preguntad á cuantos la presenciaron si el nuevo Samuel dejó de verter lágrimas hasta regar las losas del pavimento, y preguntad tambien á los amigos que más tarde le recibieron en sus brazos, si esas lágrimas eran la expresion de una tristeza, ó si daban lugar á que se dudara de su buena fé! Inefables gozos del dia más hermoso de la vida: acaso por lo mismo que tanta felicidad encontrasteis en vosotros mismos, Dios os niega la recompensa de los aplausos humanos.

Y con posterioridad á este momento, ¿ha hecho algo el sacerdote que le haga acreedor á la sospecha infamante con que se ha pretendido manchar sus convicciones? No, para honrarlas se transfigura, para obedecerlas se crucifica, agota sus fuerzas en su defensa y siempre se halla dispuesto á morir confesándolas. ¿Con qué derecho, pues, se viene á insultar tan bella historia con suposiciones perversas? Instituya la filosofia un profesorado para el cual se exijan

quince años de preparacion, continencia perpétua, impopularidad, pobreza y el apostolado hasta el martirio, y verémos si semejante institucion, contará muchos adeptos en su seminario de las misiones extranjeras. Por lo demás ¿como se explica que la incredulidad, que admite la buena fé en todos los blasfemos, se atreva á poner en duda la de los sacerdotes, sobre todo teniendo en cuenta que nuestro ministerio es un reconocimiento auténtico de la suya, puesto que está consagrado á contestarla, y teniendo en cuenta que no puede rehusarnos la misma consideracion, sopena de inferir mayor injuria á su equidad que á nuestro carácter?

Yo bien se que puede acusarse al sacerdocio de estimarse en más de lo que merece; pero en tal caso el sacerdocio contestará á sus detractores, del mismo modo y con identicas palabras que cierto cardenal herido en su honra. «Cuando me juzgo, me tengo en muy poco; pero cuando me comparo me estimo en mucho.» Y en efecto, defensores de la verdad y defensores del error dejémonos de consideraciones y vamos á compararlos.

Comparémoslos desde luego desde el punto de vista de la dignidad de sus asertos. La del sacerdote tiene en su favor la presuncion de la

abnegación: porque al paso que de un lado se ve al hombre inmolando su personalidad intelectual, á un símbolo que en manera alguna es obra suya; distingúese en el opuesto el orgullo del individualismo, la ambición de la celebridad, y esta repugnancia invencible que experimenta el talento extraviado, en confesar que fué engañado ó engañador. Nuestra asercion tiene la presuncion del desinterés: porque de un lado vemos al sacerdote, hallando siempre en su doctrina, más sacrificio que positivo provecho; en tanto que del otro, distinguimos al filósofo obteniendo de la suya numerosas ediciones y lucrativas simpatías, y para el cual una nueva religion no es en manera alguna ni un ayuno ni una limosna, sino un procedimiento nuevo para llamar la atencion pública y allegar pingües ganancias. La primera afirmacion tiene en su favor la presuncion de su consistencia: porque de un lado está el sacerdote consecuente consigo mismo en todas las vicisitudes de la vida; al paso que del otro encontramos al filósofo que en materias de religion gira como la veleta, á todos los vientos del progreso indefinido, y cuyo escandaloso Evangelio fué cien veces retocado, al compás de las necesidades y los gustos que van privando. Por último tenemos en favor nuestro

el testimonio de nuestra muerte: porque de un lado distinguimos al sacerdote, hallando en su fé antigua, fuerza suficiente para sonreir en medio de los dolores de la agonía; al paso que del otro distinguimos al filósofo, resistiendo concluir segun los dogmas de la religion por él inventada, y haciendo honrosa penitencia de su filosofía, en cuanto se ve asaltado por una leve enfermedad.

«¿Cuál es el filósofo, exclamaba Rousseau, que llegando á conocer lo verdadero y lo falso, no concediese la preferencia al error inventado por él, sobre la verdad descubierta por otro; que con tal de alcanzar los aplausos de la gloria, no consintiera en engañar al género humano entero; y que en el fondo de su corazón, se proponga otra cosa que distinguirse? Para él es lo esencial pensar de un modo distinto que los demás: entre los creyentes es ateo, entre los ateos seria creyente (1).» Antes de poner en duda nuestra buena fé, que la negacion establezca la suya. Por nuestra parte no estamos obligados á creer más que ella misma.

Comparemos ahora los adversarios, desde el punto de vista de la moralidad que garantiza

(1) *Emilia*.

sus asertos. No cabe dudar que no es necesario ser un santo para tener razon; pero al propio tiempo nada más natural que buscar en los actos de los hombres garantías en favor de sus principios. Admitido este precedente ¿dónde se encuentra el areópago que, mejor que el sacerdocio cristiano, certifique su doctrina por medio de sus sacrificios? ¿Existe entre los representantes del libre pensamiento, un cuerpo escogido más digno de la confianza de los espíritus, que los sucesores de Jesucristo? Yo bien sé que algunos incrédulos han dado con un medio expedito para preservarse de la inmortalidad, que consiste en suprimir la moral; tampoco ignoro que exajerando las excepciones que, á primera vista, parecen darles la razon, hacen escarnio de la inmensa mayoría que les confunde; mas no importa, con tal que sigan guardando respecto de nosotros las apreciables susceptibilidades de su escándalo! En último resultado sus exigencias son, á pesar suyo, y respecto de nosotros, actos de fé en la santidad de nuestro ministerio, y si es cierto que hay en todos los hombres algo de naturaleza humana, lo único que importa averiguar es dónde se presenta esta más manifiesta, si entre nosotros, ó entre aquellos sacerdotes tan difamados por la filosofía.

De tan conocidas premisas, se desprenden las siguientes consecuencias que lo son ménos: Luego nosotros merecemos más crédito que un libertino que niega á Dios, por lo mismo que tiene motivos muy poderosos para desear que no exista; Luego es al par un absurdo y una injusticia, despreciar la verdad de los santos en virtud de asertos frecuentemente emanados de una pluma corrompida ó venal: Luego hay una verdadera violacion de la lógica y del sentido moral en dar la preferencia á Voltaire sobre Jesucristo, porque la conciencia de un hombre vale lo que su palabra, y la afirmacion del espíritu virtuoso, es despues de la Iglesia, el más hermoso Sinaí, donde con más esplendor brilla la verdad.

Comparemos por último, á las partes beligerantes en la ira con que sostienen sus asertos. La buena fé, del mismo modo que el afecto, tiene en la muerte su supremo testimonio. El hombre que está siempre dispuesto á manchar su palabra jamás ha podido hablar con verdad de su sangre vertida. Y hé ahí la explicacion del procedimiento juridico de la edad media, en virtud del cual se verificaban por medio de suplicios las deposiciones de los delincentes. Pues bien: convoquemos á la prueba suprema del juicio de

Dios à los testigos que deponen en favor de Jesucristo y à los que deponen en contra. La historia revela un contraste glorioso en favor de los defensores de la verdad. En tanto que la asercion filosófica, difícilmente se ha decidido à arrostrar el dolor para dar más fuerza à sus razonamientos, de manera que no existe una sola impiedad sellada voluntariamente con la sangre de su autor, nuestra religion cuenta más de doce millones de testigos que por ella han dado su existencia, sin contar el número de los que estaban dispuestos à hacer otro tanto si hubiese llegado la ocasion. El cristiano que reza el credo con verdadero fervor, implicitamente es un mártir. La Iglesia es comparable à un Coliseo inmenso à cuya arena descende consciente todo verdadero discípulo, en cada uno de sus actos de fé.

Si, el sacerdote es el maestro de tan decididos atletas; el sacerdote perpetúa en la tierra la hermosa tradicion del juramento por el sacrificio de la vida. Gracias à esta fé inquebrantable se nos puede arrojar de un Estado; pero es imposible atentar à la probidad de nuestra afirmacion. El dia en que se nos notificaran los edictos de proscripcion; cuando, derramando lágrimas de amargura, nos acompañasen los verdaderos cató-

licos, hasta la orilla, todavia podriamos hacer una manifestacion suprema, puesto que encarándonos con la impiedad, podriamos decirle: Volved à abrir los anfiteatros, nombrad vuestros prócsules, y atreveos à hacernos vuestra intimacion postrera; y dirigiéndonos despues al pueblo le diriamos: Ya que nuestra palabra de honor se pone en duda, creed al ménos nuestra muerte. Y con tal que el sacerdote se envolviera en el sudario bañado con su sangre, su misma tumba profetizaria, y al hallarle cubierto con la púrpura del martirio, el porvenir absorto exclamaria: *«Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios. (1)»*

Sean, pues, confundidos por la inverosimilitud de sus invenciones, los que buscan la explicacion de semejante martirologio en los prodigios del charlatanismo. Ozanam ha citado como el más bello ejemplo de la buena fé religiosa, à esos eclesiásticos convertidos del anglicanismo, que abandonando sus beneficios de noventa y de cien mil francos, se trasladan à Paris, donde con su ensenanza, se proporcionan los medios indispensables para sustentar sus hijos y sus esposas.

(1) Mat. 27, 66.

Hay, sin embargo, un espectáculo más bello todavía, y es el de los jóvenes sacerdotes, á quienes he visto besar los piés en la iglesia de las Misiones Extranjeras, y que, por amor al prójimo, iban á buscar en los más remotos confines de la tierra, la muerte tan oscura como gloriosa de San Cipriano y de San Ireneo. Ante semejante espectáculo desaparecen todos los demas. El sacrificio más grande que puede el hombre hacer en favor de sus convicciones, más que en vivir, consiste en morir por ellas.

La autoridad de los discípulos de la fé, en general, constituye, racionalmente hablando, un testimonio todavía más imponente que el de los defensores de la fé. Coloquemos esta ciudad de Dios frente á frente á aquella que de Él blasfema; la Iglesia de la afirmacion, frente á frente á la de la negacion, y reduciendo la creencia á mera cuestion de votos, demostremos que las

verdades eternas están aseguradas al mundo en virtud de una posesion indestructible. No es esto seguramente lo que pretenden los adversarios, y en prueba de ello vamos á citar un argumento especioso que nos prodigan con más ruido que razon.

Contemplan los esplendores temporales del Pontificado y se regocijan y aun aplauden el que hayan existido. Luego ponen sus miradas en la historia y fijan la atencion en la monarquía católica de San Luis, en el entusiasmo de las cruzadas, en las virtudes de la antigua Tebaida, y dicen: Esto pasó. Por último: consideran el reducido espacio que la Iglesia ocupa sobre la tierra, y discurren de esta suerte: Entre los cien mil millones de seres que ocupan el globo, apenas si hay cuatrocientos millones de cristianos; de este número deben descontarse los filósofos que no quieren la religion, los indiferentes que no se acuerdan de ella y los pobres de espíritu que no saben lo que quieren ni aun lo que piensan; lo poco que resta carece de fuerzas para que pueda subsistir mucho tiempo. En la época de Juliano el Apóstata se echaba en cara á la Iglesia su juventud, haciéndole un cargo de que solo contara tres siglos; hoy volviendo el argumento al revés, se le dice que ha envejecido lo

suficiente y se la amenaza con que no vivirá más que trescientos años! Es inútil decir que existen espíritus superficiales, que se prometen presentar el descrédito de ese Dios condenado por el sufragio universal! Y tampoco tenemos porque recordar que no transcurre un solo día, sin que, sectas más efímeras que el polvo y que el humo, pasen ante la figura de Jesucristo diciéndole: Es completamente inútil que tengais pretensiones á la vida, en realidad estais muerto.

Trátase al presente de demostrar, que tan siniestros presagios sólo se hallan fundados en falsedades ó preocupaciones completamente desprovistas de razon. Desde luego debemos hacer hincapié en el hecho de que el argumento va dirigido contra los católicos y no contra los creyentes: contra el cuerpo de la Iglesia, no contra el gran partido de la Fé, por consiguiente, los que así proceden están fuera de la cuestion. Léjos de seguirlos en su camino, trataremos de hacerles penetrar de nuevo en el terreno de la lucha.

Para refutarlos, nada más óbvio que aplicar á la religion las notas de la Iglesia, y por consiguiente, que aducir en favor de la primera contra los incrédulos, los argumentos empleados por la segunda contra los herejes; sobre todo

cuando semejante asimilacion, no se halla completamente desprovista de certeza. La Iglesia léjos de constituir un imperio ceñido de murallas como la China, se extiende, en el espacio, de un extremo del mundo al otro, y en el tiempo, desde Adán hasta la consumacion de los siglos. Su alma, que constituye la verdadera medida, no sólo comprende á los católicos sino tambien á todos los cristianos disidentes que con la más buena fé viven en el error. A cada momento se acrece con el contingente de los infieles que habiendo practicado la ley natural durante su vida toda, ántes del término de ella, merced á la misericordia preventiva de Dios, ven sus virtudes elevadas á un órden sobrenatural. Así constituida y de tal modo entendida la vasta comunión de los creyentes, constituye, por la masa de sus afirmaciones, una probabilidad tal, que el espíritu humano, por más que haga, jamás podrá afirmar cosa alguna descansando en más imponente testimonio. Ahora bien, descomponiendo este testimonio, me resulta que el deber de creer, incumbe á la razon por los motivos al presente más incontestables: la autoridad de las mayorías; la de las capacidades; la de la santidad; y la de la universalidad.

Ocupémonos en primer lugar en la autoridad de las mayorías. Si detallamos este innumerable escrutinio, que se compone de los votos de todo el género humano, encontraremos que la incredulidad se halla condenada por la casi unanimidad de los votantes. En efecto, ¿á qué se reducen las negaciones contemporáneas una vez desprovistas de la máscara de su especial fraseología? Al ateísmo, al materialismo y al escepticismo: en puridad de verdad estos son sus nombres. Ahora bien: semejantes crímenes del pensamiento, nunca han podido alcanzar más que un reducido número de adhesiones en el gran concierto de lo opinon universal. Puestos fuera de la ley por la conciencia de todos los pueblos, solo pueden circular echando mano del recurso de valerse de títulos atenuantes, y á veces hasta religiosos para engañar la religion de las muchedumbres; del mismo que ciertos malvados sentenciados por los tribunales, toman un nombre supuesto para mejor eludir la persecucion de la justicia. Llega un día, sin embargo, en que las muchedumbres, deslumbradas por un instante, vuelven en su acuerdo, ven claro en el asunto, y reconocen á esos blasfemos disfrazados; pues sabido es que las muchedumbres no se dejan engañar por la impiedad que se dirige contra

la naturaleza. En tal caso los blasfemos, para quienes, Dios, Providencia, vida eterna, no son más que *bellas palabras anticuadas y un tanto enojosas*, ven que en frente de ellos se levantan, no sólo la Iglesia católica, sino tambien el protestantismo, el mahometismo, el paganismo, es decir: una autoridad numérica, bajo el peso de la cual todas las negaciones quedan aplastadas.

Yo bien sé, que se procura eludir semejante reprobacion unánime, bajo el frívolo pretexto de que existen pueblos cuyo vocabulario no encierra este adorable substantivo ¡Dios!; mas esto, como se comprende, más que un argumento es un subterfugio. Si tales pueblos carecen de la idea de Dios, en singular, la tienen perfectamente clara en plural; díganlo si no sus ídolos, sus templos, sus sacrificios: son politeístas, no ateos; se engañan; pero creen. Despues de lo dicho, y en el supuesto de que los salvajes escapan á la ley esencial de nuestra naturaleza, la necesidad de adorar, ¿la excepcion destruiria la regla general? No: social el hombre por su naturaleza, no puede considerarse en el estado que le corresponde como no sea viviendo en sociedad. Los ateos imaginarios de que puebla los bosques la filosofía, no deben computarse en este escrutinio de una votacion hecha por medio

del sufragio universal, del mismo modo que en los usos comunes no se computan ni aún toman parte en la votacion los jóvenes que no han llegado al completo desarrollo de su razon, ni aquellos que despues de haber llegado à ella la han perdido. Prueba evidente de que, para hacer tabla rasa de las creencias, sería indispensable hacer abstraccion de la humanidad, que constituye una potencia invencible contra la cual no existe otra alguna que pueda prevalecer. Precisamente á este propósito ha podido repetir: Hay quien tiene más intencion que Voltaire, y esto es el mundo.

Imaginemos á los incrédulos constituidos en sociedad, en una especie de nueva Icaria, ¿qué espacio ocuparía este Estado? difícilmente podría ser una nueva república de San Marino. Frente á frente de esos hermanos separados de la gran familia humana, convoquemos la asamblea más ecuménica de que pueda tener idea el espíritu, reunamos todos los creyentes presentes y pasados del universo, y dígase si el contraste que resulta, no basta por sí solo para llevar à los ánimos las más honda conviccion.

Imaginense ahora las innumerables generaciones de antepasados y de santos, que ántes del cristianismo y despues del cristianismo, en

Oriente y en Occidente, pertenecientes á la verdadera religion y à las religiones falsas, han hecho su peregrinacion por la tierra, diciendo: Creo. Ante tan considerable muchedumbre, no puede presentarse uno sólo de los contados discípulos del libre pensamiento que pueda decir con conviccion: No creo. Y que no se ponga en tela de juicio la autoridad de las edades pretéritas, so pretexto de que nuestro siglo tiene más saber que todas las demás juntas; porque si bien es cierto que ha hecho muchísimo en lo que se refiere á las ciencias naturales; nada, absolutamente nada ha inventado en favor ni en contra de la religion. Ni contra la religion decimos, y no hay porque sorprenderse; pues excepcion hecha de algunas opiniones gratuitas sobre el origen de las cosas, la cuestion es siempre la misma: los problemas que hoy se ventilan, son los que se discutian en el siglo XVII, y los motivos que para creer tuvieron Bossuet y Fenelon son los mismos que á nosotros nos asisten. ¡Hemos nombrado á Bossuet! ¡Créese que su fé habría vacilado poco ni mucho en vista de la moderna exegesis alemana, que ya presintió en las primeras atrevidas proposiciones de Richar-Simon, ó á consecuencia de esta paleontología materialista que ora da sus quimeras, ora sus

dudas, como decisiones formuladas *ex cátedra*? Pues bien si la única ciencia completa es la ciencia de este siglo, la única religion razonable es la del pasado, y los que fueron nuestros padres continúan siendo nuestros maestros. Respecto de la materia, sabemos algo más que ellos; pero en cuanto al espíritu concierne, en lo que se refiere al alma y en lo que se refiere á Dios, constituyen y continuarán constituyendo una autoridad irresistible.

Después de haber contado á los antepasados, es indispensable, tratándose de completar el testimonio, agregar los contemporáneos que sin distincion de nacionalidad, de culto, ni de color, fraternizan en la comunidad de este sentimiento: Creo en un solo Dios, creador del Cielo y de la tierra. Ciertó que en tan bello unísono pueden percibirse algunas discordancias filosóficas; mas al paso que de una parte se halla la humanidad, de la otra se encuentran las excepciones y las anomalías, no en manera alguna lo más selecto como se pretende acreditar. Y si Tertuliano confundía al paganismo del siglo II valiéndose del argumento de la multiplicacion cristiana, ¿qué diría hoy viendo la ínfima minoría que blasfema, y mostrándole las cinco partes del mundo postradas de hinojos ante Dios vivo

y personal? Hubo un tiempo en que se creyó decir una gran cosa manifestando que el sol no se ocultaba nunca en los dominios de la monarquía española; pues bien, no hay poder alguno, ni existe en la tierra soberano alguno, que pueda gloriarse de un personal tan numeroso como el que presta adoracion al Rey del cielo y á su Verbo hecho carne para nosotros. Semejante personal es el Cristo místico de que hablan algunas veces los Padres de la Iglesia; un Cristo más gigantesco que aquel debajo del cual se doblaban las espaldas de San Cristóbal. Así se explica que no exista fuerza bastante para abrirle una tumba, porque ocupa el órbe entero de uno á otro polo; ni haya revolucion alguna capaz de destruirlo, porque nuevo Samson, bástale con remover la historia, para que vacilen hasta sus cimientos más profundos las columnas sobre las cuales descansan los imperios, y para sepultar debajo de inmensas ruinas esos débiles antagonistas que, relativamente á su afirmacion, están en la misma proporcion en que se hallan algunas unidades respecto de centenares de millones.

Y aún sería algo si los incrédulos dispersos sobre la superficie del globo pudiesen oponerse en haz compácta á nuestra verdad; pero ello es que por más que han hecho, nunca han podido

constituirse en sociedad compuesta de veinte individuos. La esencia necesaria del racionalismo es el fraccionamiento hasta lo infinito. Sus adeptos sólo logran entenderse cuando tratan de atacarnos: entre sí, jamás han conseguido ponerse de acuerdo, y de esto resulta un contraste que redunde en favor nuestro, pues al paso que cada uno de nosotros tiene en apoyo de sus afirmaciones á toda la humanidad presente y pasada el incrédulo sólo cuenta para las suyas con su propia personalidad. En tanto que la fé es la sociedad de los espíritus y de los corazones, la incredulidad es siempre el individualismo en hecho y en sistema. De aquí resulta indefectiblemente el que se considere cosa imposible un pueblo de ateos, á pesar de lo mucho que del mismo se habla: sería tan imposible reunirlos sin que el mundo se conmoviera, como hacerlos vivir juntos sin que se revolvieran entre sí y fueran los unos la desesperacion de los otros.

Hemos oído á las mayorías: consultemos ahora las capacidades.

La mayor parte de sus adeptos hacen en cierto modo del partido de la religion el del sentido comun, por lo mismo que el espíritu humano no puede ver la verdad donde hay la confusion; y por el contrario, se agrupa instintivamente á

todos los puntos al rededor de los cuales encuentra multitudes unánimes y desinteresadas. Sin embargo, las mayorías por sí solas constituyen una fuerza ciega; al paso que las mayorías robustecidas por la adhesion de las capacidades, forman la verdadera autoridad. Por esto decimos que no basta con contar á los creyentes, es menester pesarlos. Al presente vamos á establecer nuestra tesis sobre las ruinas de una objecion. Si las mayorías constituyen el criterio de la verdad doctrinal, la incredulidad puede decirnos: el cristianismo debe desaparecer ante el paganismo de Buda y de Confucio que cuentan con un doble número de adeptos. Para hacer frente á semejante reparo, dividiremos el argumento en dos partes, la una dirigida contra la incapacidad de los idólatras que creen en lo falso, y cuyo gran número se nos opondrá, la otra contra la capacidad de los filósofos que no creen nada y cuyas luces se nos oponen.

Por lo que se refiere al paganismo, no ha de temer el lector que hable sin justicia ni sin estudio. Conozco las celebradas maravillas de la civilizacion india del modo que sus espantosas caidas; y por lo mismo puedo afirmar con seguridad que la poblacion cristiana del globo, representa por sí sola más caudal de inteligencia

que esa porcion de la humanidad. De manera que no podemos atinar, qué es lo que se proponen nuestros sábios que en tan poco tienen la opinion del vulgo de Europa, cuando nos oponen esa muchedumbre de árabes, de budhistas y de antropófagos, cuya fé, filosóficamente hablando, dista mucho de pesar lo que el *Credo* de San Agustín y de Santo Tomás. ¿Qué puede ante una razon imparcial la autoridad de cinco ó seis cientos millones de idólatras, comparada con la de nuestros diez y ocho siglos evangélicos? De seguro constituirá una vergüenza para nuestra época, el hecho de haber empleado una crítica tan exigente contra el cristianismo, que tiene una historia tan clara como la de Francia, siendo así que tantas complacencias ha guardado para con las supersticiones que ofenden al buen sentido. Desde este punto de vista nuestros contemporáneos han cometido atentados tales, que serán el escándalo de la posteridad! Cada vez que pienso en esas *Revistas* pérfidamente hostiles, que han osado colocar à Jesus al lado y á veces debajo de Sa-Kiamouni, llego á presumir que la incredulidad europea experimenta el castigo de haber descendido hasta la barbarie indiana, en justa pena por el crimen de haber osado ponerla en parangon con el Evangelio.

Yo me guardaré muy bien de inferir injuria á sus talentos en lo que concierne á la pequeña iglesia del libre pensamiento; mas dígase de buena fé si desde el comienzo del mundo ha existido mayor suma de inteligencia empleada contra Dios hasta el siglo XVIII: la negacion no contaba con filosofía ni con literatura propias: posteriormente ha contado entre sus ilustraciones con más hombres de ingenio que de génio; pues el verdadero génio siempre ha temblado ante la inmortalidad del blasfemo, y ha abandonado gozoso esa gloria fácil á las inteligencias de segundo orden, incapaces de conquistar otra. Y si no ¿à qué se reducen actualmente las obras maestras del anticristianismo? A algunas docenas de libros de erudicion sospechosa que no resisten á esa funcion subalterna del entendimiento: la crítica. Todo lo cual en nada obsta ni á los prodigios de la invencion ni al culto de la grande originalidad; pero en cambio supone las obras maestras reemplazadas por lucubraciones pedantescas, el pendon de la impotencia levantado sobre las obras del espíritu humano y el derecho de insultar al talento, explotado en provecho de las medianías envidiosas que carecen completamente de él.

Los escritores incrédulos deberían recordar que su abolengo no pasa de un siglo (1), que podría sepultarseles fácilmente debajo de los escritos compuestos por los que defendieron lo mismo que ellos atacan, y que su capacidad apenas representa una gota de agua en el océano inmenso de la inteligencia cristiana. ¿En virtud de qué lógica, puede prevalecer contra la natural pendiente de todos, la hostilidad de algunos? ¿En virtud de qué principio, sobre todo, los que hacen gala de insultar á Dios, pisoteando al par nuestras capacidades y nuestra mayoría, quisieran poner por encima su infalibilidad ateísta? Pensadores inconsecuentes que han abolido los privilegios delante de la ley civil, y que por lo que atañe á su oposicion á adorar, aspiran á las inmunidades por ante la ley natural.

Tenemos pues, que lo mismo cuando se trata de orientarse sobre el valor numérico, que sobre el valor intelectual de aquellos á quienes se pretende seguir, es indispensable ponerse de nuestra parte: otro tanto acontece cuando se consulta su valor moral. Siempre serán más fá-

(1) Celso, Porfirio etc., no eran incrédulos en el sentido rigoroso de la palabra, sino politéistas... defendían una religión falsa; pero no profesaban la irreligion absoluta.

cilmente creídos aquellos que para creer han de realizar mayores sacrificios. El hombre que se hace superior á sus pasiones comunica á sus conclusiones el peso de su virtud, y al par el de su inteligencia. Por esto cuando considero que la necesidad de creer, apesar de las obligaciones que impone, se conquista más convicciones que el culto fácil del libre pensamiento, encuentro la fé divina, no solo por razon de la moral que prescribe, sino tambien á causa de la moralidad que obtiene. ¿Dónde y cuándo, bajo el imperio del ateísmo, se han visto florecer virtudes comparables á las del mundo cristiano? Abra la incredulidad sus filas, y haga salir si puede una procesion de vírgenes, de apóstoles y de confesores que pueda compararse á la pintada por Flandrin sobre el friso de la Iglesia de San Vicente de Paul en París.

No, fuera de la fé, y especialmente de la fé cristiana, existen vicios que los moralistas ni siquiera atacan, porque desesperan de salir vencedores. Allí se santifican las debilidades, para hacer á los santos una especie de concurrencia que nada cuesta; se considera á la pureza como una preocupacion, para excusarse de observarla; se falsifica el deber para declinar la vergüenza de no cumplirlo; y á fin de ocultar mejor su im-

potencia, se procura sofisticar la verdad histórica, hasta el punto de quitar al cristianismo los honores de la moralización cristiana. Pero, poco importa que se nieguen las virtudes de los creyentes, por los que están interesados en negar la utilidad de las creencias: la vida de los Santos es un milagro que no puede ser destruido. Poco importa que Voltaire, con un descaro por el cual pido perdón á Dios y al lector, haya llevado su impudencia hasta el punto de decir: ¡Que durante cien años, *fué solo la canalla más abyecta la que abrazó el cristianismo!* ¡Qué entendida por este epíteto de doble sentido, que apenas me atrevo á repetir para rechazarlo? ¡El párasito servil de los reyes aludría acaso á la pequeñez de mis abuelos? Si así fuese lo aceptaría con orgullo. ¡Es una calumnia lanzada contra su inocencia por el burlador de Dios y de sus Santos? La rechazo con toda mi indignación. Fijemos el valor de las expresiones: existe la canalla de los hospitales y la canalla de los presidios; la que padece hambre y la que delinque; la primera pertenece á Jesucristo, que hace de ella sus miembros pacientes; la segunda pertenece al libre-pensamiento por lo mismo que lógicamente procede de sus principios. Tome cada uno la parte que le corresponde, y que los

grandes crímenes como las palabras de efecto, queden de cuenta de los insolentes.

Sabido es que una población numerosa, sana, y esclarecida, revela el poder de una dominación; mas para completar su grandeza necesita además que sea muy extensa; pero no con una extensión cualquiera, sino con la extensión en el tiempo y la extensión en el espacio, dos caracteres clásicos de la verdad, á los cuales he dado el nombre de universalidad de la fé: *quod semper, quod ubique.*

En el tiempo su imperio carece de límites: toda incredulidad es efímera por su propia naturaleza. La de los individuos, libres ya de las tempestades de la juventud, no resiste por punto general á la experiencia de su edad madura; la de los pueblos, comenzada por un desvanecimiento de orgullo filosófico, concluye al cabo de breve tiempo por las catástrofes de una revolución. Sea como quiera, la incredulidad que sigue, no es en caso alguno continuación de la que precede: entre una y otra existe solución de continuidad. Pero así como la religión no tiene patria, porque las abarca todas, tampoco pertenecen á ningún siglo, por lo mismo que todos los comprende. Vuélvase la mirada á todos los confines de la tierra; fíjese la atención en todas

las páginas de la historia, desde el primero hasta el último día del universo, y se verá que siempre ha tenido á la especie humana subyugada á sus mandatos. ¿Por qué ha de causarnos pues sorpresa, cada vez que oímos decir con visible afectación que cada uno pertenece á su tiempo? No, á todos los tiempos pertenecemos: somos del pasado, del presente y de lo porvenir: pertenecemos á la eternidad. A la eternidad sí, porque Dios puede levantar nuevos universos sobre las ruinas de este; pero la fé subsistirá en todas las creaciones donde existen seres dotados de razon. Una cosa hay que no puede extinguirse, como no sea que desaparecieran el cielo y la tierra, y es el conocimiento de Aquel que los hizo de la nada. «La religion ha penetrado en el mundo con el primero de los hombres y solo saldrá de él cuando desaparezca el último» (1).

Conviene demostrar ahora que su universalidad no es ménos ilimitada en el espacio que en el tiempo. El pueblo sin altares de que nos habla Plutarco, no se ha encontrado todavía. Do quiera fije el hombre su planta, se postrará de hino-

(1) Monsieur Darbois, *Mandatant du Cardé* 1869.

jos: allí dónde vierte lágrimas, sean de gozo, sean de amargura, se exhalan de su pecho testimonios de adoración. ¡Qué diferencia, entre el reino de la fé, y el de las preocupaciones opuestas! Las coaliciones filosóficas casi nunca han tenido más que un solo país por teatro, ni han alcanzado más duracion que la de un cuarto de siglo. ¿Qué son para el género humano las negaciones de algunas celebridades del Instituto? ¿Qué significan las pandillas racionalistas comparadas con la poblacion de ambos hemisferios? Convenido que la blasfemia puede proporcionar una inmortalidad de breves años á orillas del Sena; pero la influencia que de ella nace, se desvace al cruzar la cordillera pirenaica, cuando toma la direccion del mediodía, ó se hunde en las aguas del Rhin, si da la preferencia al camino del Norte. Por consiguiente, todas las dominaciones, excepcion hecha de la de Dios, tienen un terreno circunscrito. Solo á la religion es dado expresar, no las tendencias de un hombre, sino las de la humanidad; no las necesidades de la localidad, sino las del universo entero.

El hijo de Adan, lo he dicho y lo repito, cree y adora, de la misma manera que llora, rie y ama. Cuando el peso del dolor inclina su cabeza hácia la tierra, su pensamiento se remonta al

cielo. Y es esto tan natural, valiéndonos del lenguaje de la Escritura, como el piar á los hijos de la golondrina. Así se explica que existan países en los cuales la civilización esté completamente desconocida; pero no hay uno solo en el cual no exista religión. Siquiera no pueda formarse idea del mundo en que vive, por su estado de rudeza y selvaticueza, concibe que más allá hay algo superior, bien así, como se ha dicho del pájaro, que á medida que hiende los aires, comprende que tiene alas. Por consiguiente la pretension de librarse de la santa ley, que impone la fé y la adoración, vale tanto como pensar de un modo distinto que la mayoría; que el génio; que la virtud; en suma, equivale á tomar puesto fuera de las filas de la humanidad racional; en las falanges, faltas de brújula y gobernalle, del libre pensamiento, á las cuales, la desgracia de no creer en religión, tan pronto conduce á dar fé á las mayores locuras, como á no dar crédito á la misma evidencia.

Conclusion: en todo y para todo aceptamos autoridades, ¿á qué emanciparnos pues en materia de religión? Este órden gerárquico en la transmision de la verdad, hállase basado en la razon, y Dios al disponer que los hombres hayan menester los unos de los otros, no ha pre-

tendido humillarlos sino recordarles su pequeñez. El sacerdote aprende de profesores especiales, la jurisprudencia, las ciencias, las artes y otras muchas cosas, ¿por qué razon entonces ha de rehusarse al sacerdote la enseñanza teológica que constituye su especialidad, sobre todo cuando esta especialidad es las más de las veces una completa garantía?

Próximo Bossuet á exhalar el postrimer suspiro, aproximóse á su lecho un escéptico de aquel tiempo, preguntándole si habia siempre creído lo que habian enseñado. Al oír semejante pregunta el sublime agonizante, con un acento más arrebatador áun que el de sus oraciones fúnebres, exclamó: ¡Creo! Tal es el ideal del testimonio sacerdotal. Al contemplar á Bossuet recitando el símbolo con la mano puesta sobre los Evangelios, he experimentado la conmoción más profunda que, despues de la palabra de Dios, pueda producir la palabra del hombre en la razon humana.

Y sin embargo, existe una presuncion más bien fundada todavía, y es la que resulta de la autoridad colocada en la multitud de los creyentes. Escuchemos, pues, al género humano, anterior y posterior á Bossuet, profiriendo su acto de fé en todas las lenguas del universo, y

convengamos en que no es posible que la razon pueda excluirse de esta adoracion universal, sin librarse del cumplimiento de las leyes que le están impuestas. He citado repetidas veces ó Bossuet y á Fenelon. Convengo en que ambos, en cierto modo, fueron profetas desde el claustro materno, y que por lo mismo puede considerárseles como iluminados desde el instante en que nacieron; mas fijémonos en Pascal, hombre de mundo, que reconquista por medio del razonamiento, la verdad que poseia por tradicion de familia, y cuando contemplemos á ese génio privilegiado despues de haber descubierto, niño aún, hasta la trigésima novena de las proposiciones de Euclides, componer una humilde plegaria para alcanzar la paciencia necesaria á fin de soportar sus acerbos dolores, nos será imposible desconocer al Dios que presidió aquella vida y aquella muerte. Y si despues nos acordamos de Descartes, tambien hombre de mundo, que penetró hasta los más profundos abismos de la certeza en presencia de esta razon tan exigente y al par tan sumisa, rezaremos nuestro simbolo con ménos incertidumbre y con más conviccion. Porque nuestro simbolo es el de Descartes y el de Pascal y el de los mártires; y por consiguiente, no debemos balbucear tímida-

mente lo que otros más grandes que nosotros, cantaron con verdadero entusiasmo. Es imposible imaginar una fe más bien comprobada y mejor certificada que la nuestra. Sin embargo, para poseerla dignamente, no es lo más seguro fijar los ojos en los que la profesan, sino elevarlos al cielo de donde procede; aquí clavó Dios las antorchas que difunden su luz sobre el mundo; de aquí descende esta sobre los espíritus vacilantes. No lo olvidemos, pues, porque si bien es cierto que el hombre nada debe temer de sus errores, cuando estos no son hijos de la malicia; tambien es verdad que el hombre que se dirige al Señor, diciéndole cada día: *Dios mio, aumentad mi fe* (1) puede tener la seguridad de que recorrerá todo el camino sin extrañarse un solo instante.

(1) Luc. 17, 5.